



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 6 DE FEBRERO DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Disonancias de la vida

ENCUENTROS Y HUELLAS EN LA ARENA
OLGA DE LEÓN G.

Caminaban a la orilla de la playa. Y supe que la arena bajo sus pies descalzos se sentía como la caricia tibia de una alfombra moldeable y seductora, que se entrega a quien se atreve a tocarla, porque: así la sentí yo también. Y jamás se queda inmóvil, es cambiante y escurridiza. Era una noche al final de la primavera. La playa estaba desierta, parecía como si solo a ellos les perteneciera; y el mar, otros días bravío y enérgico, esa noche mecía sus olas al ritmo de vals o blues romántico: iban y venían con marcado ritmo y armonía casi celestial.

El concierto había terminado tarde. El teatro abarrotado, y toda la gente, emocionada, quería escuchar más: no dejaba de aplaudir, hasta que el director regresaba y pedía a sus dos solistas —de arpa y violín— que se pusieran en pie. Y el público enloquecía. Eran los primeros años de la tercera década del Siglo XX, el entonces aún joven arpista, ya lucía cabellera con hilos plata y algunas arrugas en las comisuras de sus labios, ojos y frente; frisaba su edad por los cuarenta —uno menos o dos más—. La violinista apasionada del Jazz y Blues, había adoptado al inicio de su nombre el apodo de Papa, en honor de otro grande de nombre John... Papa Jazmín era la mujer del momento del arpista más seductor y enamoradizo de esos tiempos.

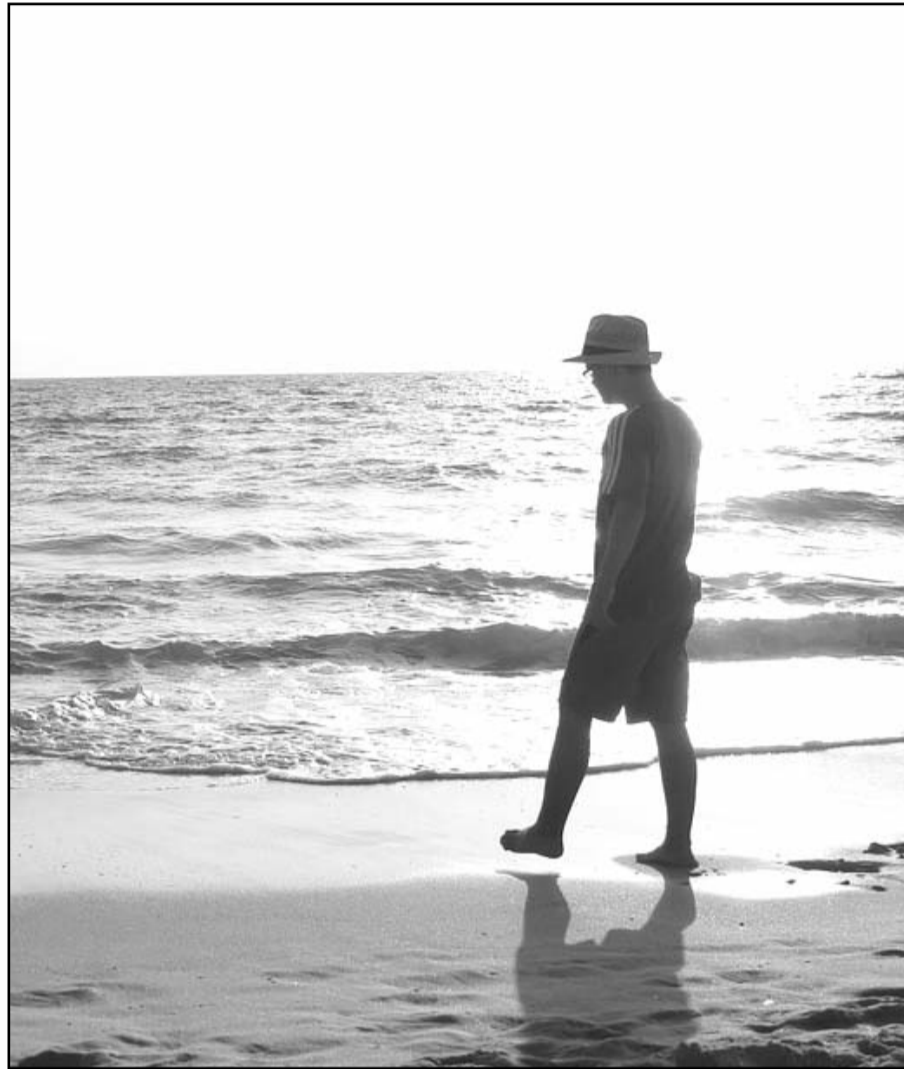
Al día siguiente seguirían con la orquesta de gira, ahora por Europa; así que quisieron despedirse de las playas del Caribe, en particular, de esa en la que la arena había sido colada como harina, para beneplácito de los turistas y, esa noche, también de ambos artistas intérpretes de música clásica y su contraparte: jazz y blues, que caminaban con los pies descalzos a la orilla del mar.

Ninguno notó mi presencia, la sombra de la noche sin luna, apenas si un arito pequeño de un cuarto de ella, no lo permitía. Salí de aquel concierto enamorada del arpista, de sus manos y sus hilos plata en las sienas. Los seguí hasta el restaurante donde cenaron y luego a la playa. Allí mismo, me desenamoré. Era yo muy joven, aún adolescente, pero no tonta. Vi que ellos se amaban y nada ni nadie puede ir contra el amor, aunque sea pasajero. Menos una joven ingenua que solo había sido cautivada por la música, el ambiente y unas hábiles manos tocando las cuerdas.

Pero, la vida de cada uno tiene su propio ritmo y armonía, también sus contrapuntos y disonancias. Así fue como mi vida tomó un rumbo definido tras aquella noche en la playa.

La incipiente pianista apasionada de los clásicos, rompió los cánones familiares, y se fue por el mundo en busca de su felicidad y de alcanzar algún logro con otro instrumento que no fuera el piano.

El arpa la había cautivado, casi niña, y le llevó veinte años de estudio, práctica y conciertos, entender su experiencia y vivencia de aquella noche de teatro abarrotado —ella, parte del público—; y una



noche de arena blanca y sedosa en el Caribe: escondida bajo las sombras de la noche sin luna.

La música sería por siempre mi vida, mi único amor y mi más grande pasión.

El telón cayó, se elevó y volvió a caer: dos veces antes del final: como la vida: que siempre nos anuncia cuando está por llegar a término, pero nos negamos a reconocerlo. Queremos más, queremos seguir viviendo. Nos aferramos a nuestros recuerdos y nuestros amores y creemos que con ello podemos engañar a la parca.

Qué tristeza, cuánto dolor se padece solo porque nadie nos enseña, o nosotros no aprendemos que el final, infaliblemente, un día habrá de llegar. Y, cuando toca a la puerta, no escuchamos o nos toma desprevenidos: ¿Habremos vivido lo suficiente para dejar huella? —nos preguntamos... ¿al menos, en la arena?, aunque las olas del mar las borren... ¡más pronto que tarde!

Pero las tuyas no; esas son indelebles: están cinceladas en mi mente y corazón.

UN PARIENTE ALEJADO DE LA FAMILIA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Al empujar la puerta de vidrio del Starbucks, mi Padre y yo pudimos distinguir música a bajo volumen, con Lenny Kravitz: Are You Gonna Go My Way? Habíamos llegado quince minutos antes de la cita. Notamos que había varias mesas vacías, pero ninguna para más de dos personas. Caminamos a un rincón junto a una pared, con dos sillones individuales y jalamos un tercer asiento de madera de mesa contigua. Esperamos en

silencio. Mi pierna derecha se movía ansiosamente de arriba a abajo y cada vez que escuchábamos ruido de la calle, volteábamos a mirar la puerta: De pronto entraba una pareja de treinta o un solitario caballero de sombrero de ala ancha, en los sesenta; luego una mujer demasado delgada; u otra pelirroja... La gente salía con igual frecuencia. “¿Ordenamos, nosotros, de una vez?”, le pregunté a mi Padre. “Yo espero... para invitarle algo a Ligia”. “Podemos pedir otra cosa cuando ella llegue”. Mi Padre asintió. Dejamos los libros sobre la mesa: Un tratado sobre la Responsabilidad, editado ciento cincuenta años atrás en español, por editorial francesa, y un tomo gordo de economía inglesa con el que yo cargaba.

No había fila frente a la caja: ordenamos café del día y té chai, ambos de tamaño venti. Notamos a una mujer lletita y baja de estatura que apareció detrás de nosotros. Nos sonrió tímidamente: “Hola”. ¡Mi Padre no la veía desde hacía treinta años!, siendo estudiante de la carrera de derecho. Él realizaba viajes esporádicos en autobús desde Monterrey a Ciudad Juárez para visitar a un tío, y en esas ocasiones encontraba a su prima Ligia que había viajado desde la Ciudad de México para la reunión familiar. Yo la conocía solo a través de Facebook: Rostro redondo, cabello largo y güero, bajita de estatura y ciertamente de complejión regular, más como mi padre la describía.

Nos había dicho por teléfono que poseía una colección antiquísima de fotografías de la familia. Me interesaba

sobre todo una del siglo XIX, en sepia más que blanco y negro: un antepasado posando junto a un arpa. ¿Quién era? ¿Efectivamente había un músico en la familia si rascábamos hasta el fondo, varias generaciones atrás? ¿Qué puestos musicales habría ocupado? ¿Trabajaría en alguna orquesta? ¿Había vivido en América o en Europa? Esa tarde de Starbucks... finalmente podría saberlo.

Yo había leído que la forma Ponzio del apellido paterno en la familia era solo una de diversas variantes: La italiana. También puede encontrarse como “Pons” en Francia y “Ponce” en España. Y existen combinaciones y resistencias en Inglaterra, Alemania y Croacia. ¿Hasta dónde podía trazarse la raíz de la familia paterna? Creo que hasta el siglo X, pero nunca me había llamado la atención esa pregunta como este otro punto de una ascendencia de músicos en mi familia directa. A mi Padre solo le interesaba saludar a su prima Ligia personalmente, luego de tantos años de no verse.

“La invitamos. ¿Qué quiere ordenar?”. “Ay, gracias. Pues yo siempre pido un Frapuccino venti con cinco cargas de café, dos bananas, tres fresas, galletas Oreo, chispas de chocolate y crema batida”. Me resistí a seguir cualquier tipo de pensamiento funesto y simplemente pagué la cuenta de trescientos pesos. Fuimos a sentarnos: los tres juntos.

Mi padre habló de lo que había vivido durante esos treinta años. Los desarrollos familiares, los fallecimientos, el destino de los hermanos y sobrinos y, en algunos casos, los sobrinos nietos. Ligia escuchaba atenta. De pronto, pero solo ocasionalmente, bajaba su mirada: únicamente la dirección de sus ojos descendía, sin mover la cabeza que mantenía echada hacia adelante y con la que seguía escuchando a mi Padre. Entonces, por unos segundos, empujaba el pescuezo más hacia abajo para introducir el popote de su bebida en la boca y sorber de su café con las manos cruzadas aún, agarrando su enorme bolsa encima de las piernas.

Mi curiosidad no cesaba: ¿Traía Ligia la colección de fotografías adentro de su bolsa? ¿Conocía el nombre de los retratados? Yo ya había escuchado pláticas, en las reuniones de carne asada con mis propios primos, sobre cómo iban saliendo cada vez más familiares Ponzio alrededor de todo el mundo, unos en el continente y otros más allá. De pronto noté que Ligia se desconectó de la plática. Miró tras el cristal de la ventana. “¿Cómo está su Mamá?”, le preguntó mi Padre. “Ella murió hace diez años”. “¡No me diga!” Y luego de unos segundos de silencio, dejó mi té sobre la mesa y le pregunté: “Disculpe, ¿usted se llama Ligia?”

“¿Yo?”, dijo llevando su dedo índice al pecho. “¡No!”, concluyó rotundamente. “Disculpe. La confundimos”. Se levantó de la mesa sonriendo aliviada. Y con su bebida a medio acabar, fue a sentarse cómodamente a otro sillón, donde sacó un libro de su bolso y se puso a leer.

**María Zambrano**

(María Zambrano Alarcón; Vélez-Málaga, 1907 - Madrid, 1991) Ensayista y filósofa española. Discípula de José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri y Manuel García Morente, fue una de las figuras capitales del pensamiento español del siglo XX.

Profesora en la Universidad Complutense de Madrid, se exilió al término de la Guerra Civil y ejerció su magisterio en universidades de Cuba, México y Puerto Rico. Tras residir en Francia y Suiza, regresó a España en 1984. Fue galardonada con el premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades (1981), y el Cervantes (1988).

Su pensamiento, vinculado a las corrientes vitalistas del siglo XX, giró en torno a la búsqueda de principios morales y formas de conducta que fueran aplicables a los problemas cotidianos. Su preocupación mística, la forma de abordar los conflictos éticos, y el estudio de la interrelación entre realidad y verdad, reclamaban la necesidad de un profundo diálogo entre el ser y su entorno.

Para ella era preciso establecer tres modos de razonamiento: el cotidiano, el mediador y el poético. Desde este último se aproximó a lo sagrado, el lugar donde se encuentra la explicación de lo trascendente, la lógica del misterio.

En su amplísima producción destacan Filosofía y poesía (1939), La confesión, género literario y método (1943), El pensamiento vivo de Séneca (1944), La agonía de Europa (1945), Hacia un saber sobre el alma (1950), El hombre y lo divino (1955), España, sueño y verdad (1965), El sueño creador (1965), La tumba de Antígona (1967), El nacimiento. Dos escritos autobiográficos (1981), De la Aurora (1986), Senderos (1986), Delirio y destino (1988) y Los sueños y el tiempo (1992), entre otros.

Élmer Mendoza

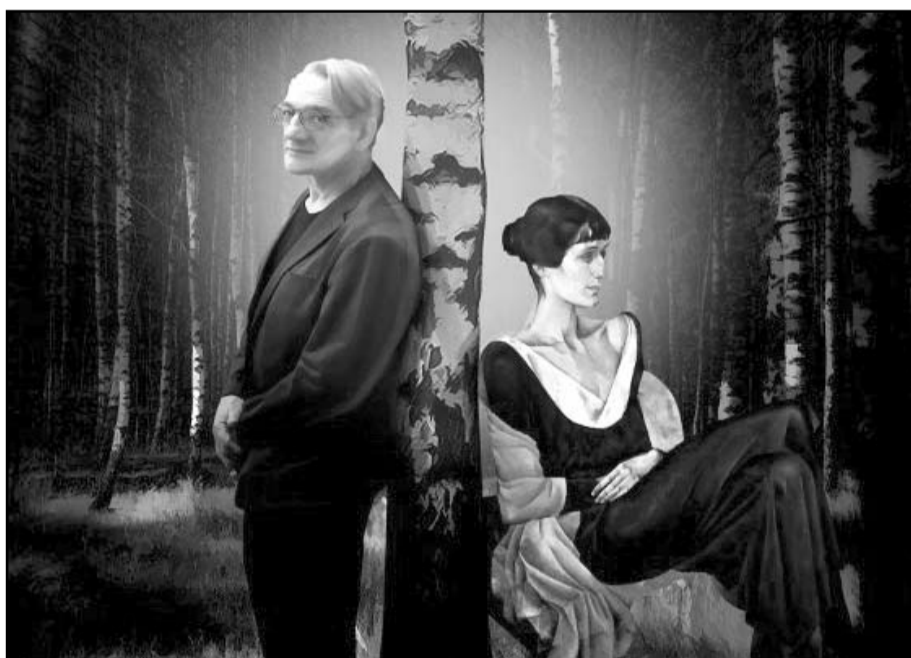
Algunas veces, mirarse y besarse es comenzar a cantar

Algunas veces, mirarse y besarse es comenzar a cantar, escribió Anna Ajmátova, poeta rusa nacida en 1889 y que aún vive, al recordar un beso del artista plástico Amedeo Modigliani, con quien mantuvo una relación amorosa a principios del siglo XX que la hizo confiar más en su genialidad. Alberto Ruy Sánchez nos entrega, El Expediente Anna Ajmátova, novela publicada por Alfaguara del grupo Penguin Random House, en octubre de 2021, en México. Es un libro que de inmediato despierta la curiosidad por la fama de Ajmátova, que fue perseguida por Stalin al grado de prohibirle escribir. Quiero decirles que el interés se incrementa cuando quien cuenta esta historia es la agente de la policía secreta encargada de vigilarla, de estudiar su voluminoso expediente e intentar descubrir por qué Stalin, que de joven había sido poeta, tiene tanto interés en Anna.

Anna Ajmátova es ucraniana, región que en estos momentos está en vilo. La agente Vera Tamara Beridze es comisionada por Stalin para vigilar a esta reconocida poeta de la que quiere saber todo. ¿Por qué? Se pregunta la agente y tam-

bién el lector. Descubrir ese impulso se convierte en uno de los hilos conductores de la novela. Beridze es lectora desde muy joven de Ajmátova, reconoce que su generación fue marcada por los versos, sobre todo los amorosos, de su primer libro, La Tarde, publicado en marzo de 1912. Cuenta que ella y sus amigas se sabían poemas de memoria y sentían que Ajmátova de alguna manera era parte de ellas, de su esencia humana. Su jefe inmediato ignoraba esta cercanía, sólo puso a su disposición una mesa llena de papeles escritos por otros vigilantes de los que sacó conclusiones que compartió con Stalin. Nos cuenta que en cada reunión, la actitud del dictador era distinta, mientras ella pensaba ¿por qué este poderoso hombre, dueño de vidas, que mantiene como prisión el Gulag, tiene tanto interés en la poeta? Encontrar la respuesta es un banquete, al que por supuesto están invitados.

Alberto Ruy Sánchez es mexicano, y después de Elisa Carrillo es la persona que mejor baila. Es probablemente el escritor contemporáneo que mejor consigue un aliento poético en su narrativa. Navega con un ritmo suave que es una



invitación a habitar sus libros. En el caso de esta novela, ese aspecto es notable, puesto que el personaje es una poeta y la narradora reconoce que los sueños de Anna se meten en los suyos y, sin duda, en los de Alberto, cuya sensibilidad y sólida formación son su mejor recurso como un escritor de primera línea.

Les cuento que la novela tiene líneas muy inquietantes debidas a la transición política ocurrida en Rusia en la época de Anna, que pasó del zarismo al gobierno de los mencheviques, después derrocados por los bolcheviques dirigidos por Lenin, que regresó del exilio e impuso un régimen donde todo el poder era para los Soviets, que incluyó numerosos

asesinatos y expulsiones de científicos, artistas, periodistas, escritores, empresarios y de todos aquellos que se sospechara que estaban en contra. Ruy Sánchez menciona lo anterior como parte del contexto donde Anna Ajmátova, una gran poeta, debió vivir amenazada, con prohibiciones y en la pobreza. La historia se repite, no como decía Marx, sino como una profunda tragedia que pauperiza en todos los aspectos.

En fin, El expediente Anna Ajmátova es una gran novela que sin duda ennoblecce más la narrativa mexicana contemporánea. Disfrútenla y no teman, como dice Anna: "Amar es robarse mutuamente la luz". A poco no.

*ad pédem literae**La libertad existe tan sólo en la tierra de los sueños.***Friedrich Schiller****Letras de buen humor***Nadie puede sospechar cuántas idioteces políticas se han evitado gracias a la falta de dinero***Charles M. Talleyrand**